

nos, descansan en columnitas cuyos capiteles están tambien muy adornados, sobre el primero, mirando al norte hay dos corazones alados esculpidos y cabezas de lobos; sobre el segundo se vé un ángel tocando el violín y un cordero alado, con cuya cabeza, coronada con una cruz y rodeada de una

aureola, parece disputar un libro á un personaje cornudo cuyo cuerpo remata en cola de pez; detras del cordero se ven muchas aves de rapina con las garras metidas en sus lanas; en el capitel siguiente está representada la huida á Egipto, la Virgen montada en un asno, San José con un palo en la



L. DRUYN.

N. TILMEUL.

Imprenta de Blondeau

Iglesia de Loupiac, departamento del Gironde.

mano, en medio el niño Jesus y dos personajes de los cuales uno lleva un tonel bajo el brazo, y en la mano derecha una copa que está tomando San José; por último, sobre el cuarto capitel se ven unos pájaros picoteando una pía. Encima de esta galería hay unos bajos relieves encerrados en un solo cuadro, representando, por el norte, á Adán y Eva, en medio la Cena, y al mediodía el cordero pascual entre dos ángeles. Estos son los principales adornos de la fachada.

Interiormente la nave es sumamente pobre: la parte del santuario es por demas oscura, á causa de un catafalco de mal gusto que han colocado en medio.

El campanario amenaza ruina. La comision de monumentos históricos del departamento ha solicitado del gobierno los fondos necesarios para componerle, y si tardan mucho en concederlos es probable que dé aquí á poco la pobre aldea de Loupiac perderá su único ornamento.

HUYSMANS (DE MALINAS).



L. MARY. IMPRIMERIE DE MALINES. Y. L. G. W. 3

La Barranca.

Imprenta de Blondeau

Cornille Huysmans tomó su nombre de Malinas, no por que nació en esta ciudad, sino porque en ella pasó la mayor parte de su larga vida, entregado al estudio de su arte que idolatraba, y en el cual ha sabido conquistarse una bien merecida reputación.

Este pintor vino al mundo en Amberes en 1648. Su padre que egercía la profesion de arquitecto, quería hacerle seguir esta carrera, pero la muerte vino á lo mejor á echar por tierra sus proyectos para lo venidero. El jóven Cornille quedó bajo la tutela de un tío suyo, que, notando sus precoces disposiciones, le colocó en el estudio de un pintor de paisaje llamado Gaspar de Wit.

Nuestro artista tomó pocas lecciones de este maestro; poco tiempo despues se marchó á Bruselas y se presentó en casa de Van Artois, noble paisagista que gozaba de una buena fortuna, y que, teniendo muy poco tiempo para estudiar la naturaleza, encargó á Huysmans que la estudiara por él. Mucho mas considerable de lo que se cree, es, en la historia de las artes el número de nobles é intrigantes que lucen con el talento de pobres diablos, á quienes no siempre pagan con generosidad.

Hos ego versuculos feci, tulit alter honores:
Sic vos non vobis, mellificatis, apes!

Eterna verdad cuya prueba se patentizó mucho ántes de Virgilio de quien tomamos estos versos muy conocidos, y síguese patentizándose en el día de hoy en medio del siglo XIX! Al salir del estudio del noble Van Artois, del cual hemos

visto en el museo de Bruselas algunos paisajes sin ningun valor, Huysmans fijó su residencia en Malinas, siendo muy jóven todavia.

La página que hemos estraido de la obra de Huysmans y que precede á este artículo, ha sido escogida de tal suerte, que ella sola hace conocer perfectamente el género de talento de su autor: se conoce bajo el nombre de LA BARRANCA.

Campiñas pintorescas y quebradas con rocas y colinas, aguas que corren ó que duermen entre grandes riberas escarpadas, árboles gigantes, bien elegidos, limpidos y transparentes horizontes, y en medio de esta hermosa naturaleza, ganados y pastores descansando ó andando... tal es el tema repetido siempre y variado hasta lo infinito, escogido por Huysmans de Malinas.

Ademas de los dos paisajes de este pintor que posee el museo del Louvre, hay otros dos lienzos que representan LES VUES TOPOGRAPHIQUES DE LUXEMBOURG ET DE DINANT, y las cercanias de estas dos plazas fuertes obras en que Van der Meulen pintó la hermosa caballería en medio de los campos tan admirablemente interpretados por el artista de Malinas.

Este mismo Van der Meulen, uno de los pintores favoritos del rey Luis XIV, quiso llevarse á Huysmans á Versailles haciéndole las ofertas mas lisonjeras, pero el pintor de batallas nunca pudo decidirse á ello, y el paisagista permaneció en Malinas donde murió el primero de junio de 1727.

J. J. ARNOUX.

UNIVERSIDADES DE ESPAÑA.

Hé aquí un curioso cuadro de la época de la fundación de las antiguas universidades de España:

UNIVERSIDAD DE ALCALA. — Actualmente literaria de Madrid, fué fundada por el famoso cardenal Cisneros en Alcalá poniéndose la primera piedra el 26 de febrero de 1498, é inaugurándose el 26 de julio de 1508. Empezó á trasladarse á Madrid en 1836, y concluyó en 1842.

UNIVERSIDAD DE SANTIAGO. — Fué fundada por el arzobispo don Alonso de Fonseca en 1532.

UNIVERSIDAD DE OVIEDO. — Fué fundada por don Fernando Valdés, arzobispo de Sevilla, que estableció 17 cátedras, y murió en 1568.

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID. — Fué fundada en el año de 1346 por don Alonso XI, con bula que obtuvo del Pontífice Clemente VI, habiendo llegado esta universidad á ser la tercera en estimación en España.

UNIVERSIDAD DE PALENCIA. — Fué fundada por el rey don Alonso IV de Castilla en el año 1200.

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA. — El rey don Alonso empezó á fundar la universidad de Salamanca para que sus súbditos no tuviesen necesidad de acudir á Palencia, y estas mismas escuelas de Palencia fueron trasladadas á Salamanca por la comodidad del sitio, por el santo rey don Fernando en 1243. Don Alonso el Sabio colmó de privilegios y rentas á esta universidad, y los pontífices Alejandro IV y Clemente V también la concedieron sus gracias, siendo muchos los pontífices y reyes que han consultado y hecho aprecio de esta universidad, que tenía cátedras de todas facultades, y privilegio de ser uno de los cuatro estudios generales del mundo. Los otros tres son los de Bolonia, París y Oxford. La solemnidad de los actos públicos, la reputación de los maestros, y el renombre de los ilustres varones que han salido de las escuelas de Salamanca, han hecho á esta universidad célebre en todo el mundo.

UNIVERSIDAD DE AVILA. — Fué fundada en el colegio de Dominicos de Santo Tomás por fray Tomás de Torquemada, inquisidor general, en 1482.

UNIVERSIDAD DE TARRAGONA. — Fué fundada por el cardenal arzobispo, don Gaspar Cervantes, en el año de 1572.

UNIVERSIDAD DE LERIDA. — Fué fundada por el rey don Jaime II en el año de 1300.

UNIVERSIDAD DE OSATE. — Fué fundada en 1543 por don Rodrigo Marcado y Zuazola, virrey de Navarra y arzobispo de Santiago.

UNIVERSIDAD DE VALENCIA. — Se empezó á fundar por parecer de San Vicente Ferrer en el año de 1414, despues se perfeccionó é instauró, siendo confirmada por el Pontífice Alejandro VI en el año de 1499.

UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA. — Hay quien hace remontar la fundación de esta Universidad al año 1474 en que prometió la fundación don Pedro Cerbuna, obispo de Tarazona, pero el verdadero carácter de Universidad no lo tuvo hasta el año de 1543.

UNIVERSIDAD DE CERVERA. — Fué fundada por el rey don Felipe V, que la dotó con muchos privilegios y con suntuosas aulas, de modo que obtuvo nombrada, á pesar de estar situada en una población de segundo orden. Todo fué por que Cervera se conservó en la obediencia del rey durante las guerras de sucesión.

UNIVERSIDAD DE BARCELONA. — Fué fundada por los antiguos reyes de Aragón. Segun Rui Mendez se fundó en el

año de 1346, y se amplió en 1561. Esta universidad decayó en la guerra de sucesión, y fué refundada en la de Cervera por Felipe V, quejoso de los habitantes de Barcelona.

La universidad de Granada fué fundada en el año de 1531 por el invicto emperador Carlos V. La de Pamplona en el año de 1608 por el rey don Felipe III, y la de Gandia por San Francisco de Borja, cuarto duque de Gandia, en 1549 habiendo sido mas ó ménos célebres las de Sevilla, Toledo, Tortosa, Sigüenza, Orihuela, Osuna y Baeza, sin contar con la célebre universidad de Huesca, fundada por Sertorio, para estudio de letras latinas y griegas, setenta años ántes de Jesucristo.

UN SOLDADO CHINO

DE VIAGE CON SU FAMILIA.

En la relacion de un viaje hecho por dos misioneros al interior del Tibet en 1846, leemos el siguiente episodio:

» Al salir de la antigua ciudad de Tsiando, pasamos por un puente magnífico construido todo él con gruesos troncos de abetos, y alcanzamos el camino de Sse-Tchouan, que serpentea sobre los flancos de una elevada montaña á cuya falda corre con rapidez el río Dza-Tchon. Un poco mas allá, en un recodo que formaba la montaña, nos encontramos con una corta cuadrilla de viajeros.

» Abria la marcha una mujer tibetana montada en un asno, que llevaba un niño bien sujeto á su espalda por medio de unas anchas correas; detras de ella venia, atado de un largo ronzal, un caballo cargado con dos cajones oblongos que pendian simétricamente uno á cada lado. Estos dos cajones servían de alojamiento á dos niños cuyas cabezas alegres y risueñas se asomaban por dos ventanitas. La diferencia de edad de estos niños parecia poco notable, y sin embargo no debían tener ambos el mismo peso, porque para establecer un justo equilibrio entre los dos, se veía una gruesa piedra atada con una cuerda en un cajón. Detras del caballo, iba á pasos lentos un ginece en un traje podia conocerse facilmente que era un soldado chino licenciado; en las ancas llevaba á otro muchacho que podria tener unos diez años. Por último un enorme perro amarillento, con los ojos torcidos y un aspecto muy marcado de mal humor, cerraba la marcha de aquella singular caravana que se unió á nosotros y se aprovechó de nuestra compañía para ir hasta la provincia de Sse-Tchouan.

» Este chino era un antiguo soldado de la guarnición de Tsiando, que habiendo cumplido los tres años de servicio que manda la ley, habia obtenido el privilegio de permanecer en el Tibet para entregarse al comercio. Licenciado ya, se casó, y, despues de haber reunido una corta fortuna se volvió á su patria con toda su familia. Nosotros no pudimos ménos de admirar el valor de aquel chino que tenia que luchar no solo con los peligros y fatigas de un largo viaje, sino con las bur-las de sus compatriotas que no tenían ánosotros para imitar su ejemplo. Los soldados de nuestra escolta no tardaron mucho en ponerle en ridiculo. « Este hombre, decían, se ha vuelto tonto. Sacar de un pueblo extranjero dinero y mercancías no está mal; pero llevarse á la nacion central á una mujer con el pié grande y esa horda de chiquillos bárbaros, esto es contrario á todos los usos. Si se le habrá ocurrido la idea de hacer dinero enseñando esos animales en el Tibet? mas de una vez estos dicharachos escitaron nuestra indignacion, y tomamos á nuestro cargo el defender á aquel vale-

loso padre de familia, el elogiar su conducta y reprobar altamente la barbarie y la inmoralidad de las costumbres chinas. »

INVENCIONES Y DESCUBRIMIENTOS.

DE LA PREPARACION DEL ACEITE DE BELEÑO:
POR ÖVERBECK.

El método ordinario que se emplea para la preparacion del aceite de beleño (haciendo hervir la planta con aceite y agua) suministra un producto al que la terapéutica moderna no concede, y con razon, sino muy poca ó ninguna actividad: de modo que en muchos puntos ha desaparecido enteramente de la práctica. Tal vez contribuya tambien el que gran número de farmacéuticos no ponen el menor cuidado en su preparacion, que muchos no se toman el trabajo de machacar la planta y la someten toda entera á la estraccion, que otros no emplean mas que yerbas secas y malas, y que algunos en vez de servirse del beleño, se limitan á dar un color verde al aceite comen por medio de la cúrcuma y el indigo: podrian citarse farmacéuticos que preparan el producto de que hablamos, guardando por algun tiempo en una vasija de cobre aceite comen, y cuando toma un color verde, lo despaehan por yeradero aceite de beleño.

El señor Överbeck propone reemplazar estos malos y defectuosos procedimientos por un modo de preparacion, que sometido á esperimentos médicos, contribuirá sin duda á que se admita de nuevo en terapéutica el uso del aceite de beleño. Los pormenores operatorios de este procedimiento son los siguientes:

Se toman las hojas de beleño verdes, frescas y de la mejor calidad; se secan á una temperatura suave, se reducen á polvo grosero; este se rocía con la conveniente cantidad de alcohol, hasta que se aglomere en pequeñas masas, y de este modo se deja en un vaso cerrado por veinticuatro horas, agitándolo de vez en cuando. En seguida se vierte en un embudo, cuya estrechidad inferior tenga un poco de estopa ó de algodón, y se le añade la cantidad prescrita de aceite de olivas, calentado de antemano; este aceite cuele á través de la estopa combinado con las partes activas del beleño, tenidas en disolucion por el alcohol. Despues de esto se prensa el bagazo, y se hace calentar al baño de vapor los dos productos mezclados, para evaporar el alcohol que aun conserven; y por último se deja reposar y se decanta. — El aceite que se obtiene de este modo es de un color verde negruzco muy intenso, y posee en el mas alto grado el olor narcótico y desagradable del beleño. De esto se puede ya deducir que el aceite de esta planta, preparado segun este procedimiento tiene propiedades medicinales mas activas que el obtenido por los métodos ordinarios.

PROCEDIMIENTO ECONÓMICO PARA LA PREPARACION DEL CLORATO DE SOSA; por el señor Winckler. — Se colocan en una capsula grande 20 onzas de tártraro de sosa, se vacía con diez libras de agua, y se añaden 22 onzas de clorato de potasa puro cristalizado. Se opera la separacion del sobretartrato de potasa; se deja reposar la mezcla por espacio de veinticuatro ó cuarenta y ocho horas en un lugar fresco; se decanta, se cuele al través de una tela tupida, se evapora hasta sequedad y se obtienen unas 44 onzas de residuo salino, que se disuelve en frió en dos veces su peso de agua, se filtra y se hace evaporar á 50° hasta la cristalización.

UN PRESIDARIO GENEROSO.

En este siglo en que son tan poco comunes los actos de sacrificio personal para remediar las miserias del prójimo, acaba de suceder en Francia un hecho capaz por sus circunstancias de escitar el mayor interés y admiracion.

Parece que un jóven que se hallaba sufriendo una condena judicial en presidio, logró romper los hierros de su cautiverio y fugarse de la prision. Corrió por los campos dos dias huyendo de las garras de la justicia y sin encontrar un pedazo de pan que llevar á la boca, cuando desfallecido de hambre y cansancio se albergó en una solitaria cabaña pidiendo hospitalidad y algun alimento.

Pero la suerte enemiga lanzaba á aquel infeliz con mano oculta de miseria en miseria haciendo cada vez mas angustiosa su situacion. El espectáculo que encontró en la cabaña donde se habia refugiado era desolador. Una numerosa familia hambrienta se agitaba en torno del jefe de ella pidiendo un bocadito de pan. El infeliz labrador, ¡oh miseria! no tenia medio de remediar el mal apremiante que aquejaba á su esposa é hijos, y á mas estaba amenazado por el propietario de la choza que habitaba, el que debia expulsarle de ella al día siguiente, porque le debia 50 francos de alquiler. El pobre mezclaba sus lágrimas con las de sus hijos, no hallando camino por donde salir de tan desesperado estado.

Al ver esta escena, el jóven fugitivo del presidio, tuvo una ocurrencia singular para salvar á la desolada familia del catolicismo que la amenazaba. Poseído de su idea, dice al habitante de la cabaña que le ate una cuerda al cuello y le entregue á la justicia, por cuyo acto le darán los 50 francos estipulados para estos casos, suma que podrá sacarle del apuro de ser expulsado de la casa en que vive.

Resistiese el infeliz á hacer uso de lo que el jóven le propone, diciendo que mejor perderia la vida que cometer semejante accion. El presidiario le insta asegurándole que si no le entrega á la justicia, va á presentarse el mismo. En fin, tantos son los ruegos que emplea para persuadirle, que consigue el agarre de un brazo y le presente á la primera autoridad, que entregó en el acto al aprehensor los 50 francos, quedando el jóven en poder de la justicia.

El infeliz que se vió obligado á hacer lo que tanto le repugnaba no podia sosegar; la conciencia le remordia y no podia tranquilizarse. Al día siguiente dió parte á la autoridad de lo ocurrido y vivamente impresionada por la generosidad del fugitivo, examinó su causa que era leve, y solo se habia agravado por algun altercado que tuvo con los juoces. El resultado fué que teniendo en cuenta todos los antecedentes y el rasgo de desinterés manifestado últimamente, puso en libertad al presidiario.

LOS DESFILADEROS DE LA CORUÑA.

El aspecto agreste é inculto que presenta la España por varias partes, es debido principalmente á sus muchas montañas. Cinco grandes cordilleras la atraviesan del Este al Oeste, ligadas entre sí por tierras y montes que envuelven, por decirlo así, el país todo en un tejido de colinas y de rocas. Por eso hay poquimas llanuras, y estas solo se encuentran en el interior de la Peninsula.

Si esta constitucion fisica de la España perjudica mucho á la facilidad de las comunicaciones, aísla á los habitantes, y detiene en cierto modo el movimiento de nuestra civilizacion

moderna, en cambio tiene también grandes ventajas, porque disminuye el excesivo calor del clima, y alimenta los arroyuelos que llenan de fecundidad los valles. Por otra parte las montañas han sido muy útiles á los españoles, políticamente hablando, porque en ellas encontraron un baluarte para salvar su independencia nacional. Las de las Asturias contuvieron, como es sabido, la invasión de los árabes, y Pelayo fundó allí ese reino de Oviedo que reconquistó después el país todo.

Dos cosas llaman extraordinariamente la atención en las largas cordilleras que hay en España, y son los caminos y

las habitaciones que se encuentran. Cuando se han visto los caseríos de los Alpes, y las rústicas veredas trazadas por los campesinos suizos á lo largo de las cuestas, el viajero se admira y con razón de esas blancas y elevadas construcciones de la España, que de lejos parecen torres fortificadas, y de esas calzadas de piedra atrevidamente construidas al borde de los precipicios. Algo de árabe y de militar domina siempre en ese aspecto, que no revela únicamente, como los paisajes de los Alpes, una población inteligente é industriosa, luchando con la naturaleza, sino la vigorosa y omnipotente civilización de un gran pueblo guerrero.



Los Desfiladeros de la Cornuá.

Imprenta de BLONDEAU

LA CARGA DEL DRABLO.

POR
JORGE SAND.

(Véase nuestro número 5.)

— Mucha prisa te corre el que me case; es tal vez porque casado no te incomodará ya más?

— Vamos, German, no pienses en eso todavía; es una idea que se os ocurrió porque las aventuras de la noche pasada os trastornaron un poco la cabeza; pero ahora debéis dar oídos á la razón; por mi parte os prometo que olvidaré todo lo que habeis dicho, y que nadie sabrá jamás una palabra.

— Ya puedes decirlo si quieres; no acostumbro á retrac-

tar nunca mis expresiones. Lo que te he dicho era verdadero y honrado, y no me avergonzaría de ello delante de nadie.

— Está bien; pero si vuestra futura supiese que cuando estabais en camino para ir á verla, habiais pensado en otra, creo que no lo llevaría muy á bien. Así, pues, reflexiona detenidamente en las palabras que me digais ahora; no me miréis con esos ojos delante de la gente, ni con ese aire tan particular. Recordaos del tío Mauricio, que cuenta con vuestra obediencia, y que se enfadaría mucho contra mí, si supiera que por mi causa dejáis de cumplir su voluntad. Buenos días, German; me llevo á Periquito para obligaros á que vayais á Fourche; me quedo con él de prenda.

— Quieres ir con Mariquita? dijo el labrador á su hijo, viendo que se agarraba á las manos de la joven, y que parecía decidido á marcharse con ella.

— Si, sí, respondió el niño que había aplicado el oído y

había comprendido á su manera todo lo que acababan de decir delante de él. Me voy con mi querida Mariquita; tú vendrás por mí cuando hayas concluido de casarte; pero yo quiero que María sea siempre mi madreca.

— Ya estás oyendo lo que dice, exclamó German dirigiéndose á la joven. Escucha, Periquito, añadió el labrador, yo también deseo que sea tu madre y que se quede siempre contigo; ella es la que no quiere, con que así, haz porque te conceda lo que me niega á mí.

— No tengas cuidado, padre mio; yo la haré decir que sí; Mariquita no hace más que lo que yo quiero.

Y dicho esto, se alejó con la joven. German se quedó solo, triste é indeciso como nunca.

Sin embargo, cuando arregló un poco sus vestidos y los arcos de la yegua, y cuando se vio montado en la Parda, teniendo ante sus ojos el camino de Fourche, pensó que ya el retroceder era imposible, y que era indispensable el olvidar aquella noche de agitación, como una pesadilla peligrosa.

German encontró al tío Leonardo á la puerta de su casita blanca, sentado en un hermoso banco de madera pintado de verde oscuro. Había seis escalones de piedra formando un peristilo, lo que demostraba que la casa tenía cueva. Las paredes del jardín y del cañamar estaban revocadas de cal y de arena; en una palabra, era una casa tan bonita, que hubiera podido tomársela por la habitación de un rico hacendado.

El futuro suegro salió al encuentro de German, y después de haberle preguntado por toda la familia, añadió la frase consagrada para preguntar políticamente al que se encuentra, cual es el objeto de su viaje: «Habeis venido á pasearos por aquí?»

— Vengo á haceros una visita, respondió el labrador, y á traer os este poco de caza de parte de mi suegro, así como á deciros en su nombre que ya debéis saber las intenciones que me traen aquí.

— Ah! ah! dijo el tío Leonardo riendo á carcajadas y pegándose con la mano en su grueso vientre, ya sé, ya sé á lo que venis; y luego guiñando un ojo continuó: no seréis el solo amigo mio; ya hay tres en casa con las mismas pretensiones. Yo no digo que no á ninguno, y mucho trabajo me costaría también el decidirme entre ellos, porque todos son lo que se llama un buen partido. Sin embargo, á causa del tío Mauricio y de la buena calidad de vuestras tierras, podeis estar seguro de que os preferiría; pero mi hija es mayor de edad y dueña de sus bienes, por lo cual no quiero intervenir en nada; puede hacer lo que mejor le parezca. Entrad, daos á conocer, y quiera Dios que tengais mucha fortuna.

— Os pido mil perdones, respondió German muy sorprendido de ocupar el puesto de supernumerario, cuando había creído ser el solo. Ignoraba que vuestra hija estuviere tan bien provista de pretendientes, y no creais que he venido aquí para disputársela á los demás.

— Si pensasteis que porque tardabais en venir, respondió el tío Leonardo sin perder su buen humor, mi hija se quedara en ayunas, os habeis engañado de medio á medio, guapo mozo. No la faltan novios á la Catalina; no lo creais así, es al contrario. Pero entrad en casa, y no hay que ser cobarde; la muchacha vale la pena; ya veréis.

Y empujando á German por los hombros con una jovialidad de campesino, le hizo entrar dentro y exclamó:

— Ea, Catalina, toma otro mas.

Este modo grosero de presentarle á la viuda delante de los otros aspirantes, acabó de descontentar al labrador, que, sintiéndose desconcertado hasta lo sumo, permaneció algu-

nos instantes sin atreverse á levantar los ojos para mirar á la hermosa en medio de su corte.

La viuda Guerin era una muger bastante bien hecha y frescachona todavía; pero la espresion de su rostro y sus adornos disgustaron desde luego á German. Tenia el aire altivo y satisfecho, y su vestido de casa con tres hileras de encaje, su delantal de seda y sus cintas y blondas en el cuello, no estaban muy en armonia con la idea que él se había formado de una viuda formal y sensata: su lujo y sueltos ademanes le hicieron ver en ella una muger vieja y fea, aunque no era ninguna de ambas cosas. German pensó que aquellos pretendidos y alegres modales sentarian bien á una muchacha de la edad y la gracia de María, pero que las chanzas de aquella viuda eran pesadas en demasia, y que no sabía llevar sus bonitos adornos.

Los tres pretendientes estaban sentados á una mesa llena de vinos y manjares, que estaba allí en permanencia toda la mañana del domingo, porque al tío Leonardo le gustaba hacer ostension de su riqueza, y á la viuda le agradaba también el lucir su buena vagülla y tener su mesa como una persona que vive de sus rentas. German, á pesar de su sencillez y confianza, observó las cosas con bastante penetración, y por la primera vez de su vida se mantuvo sobre la defensiva al ponerse á beber. El tío Leonardo le había obligado á sentarse con sus rivales, y colocándose él enfrente, le colmaba de atenciones y cuidados, aparentando ocuparse de él con una predilección marcada. El regalo de la caza, á pesar de la brecha que le abrió German, era aun bastante bueno para producir su efecto; la viuda lo dio á conocer, y los pretendientes lanzaron á German una mirada de desdén.

El labrador no se hallaba á sus anchas en aquella compañía, y comia con un apetito simulado. El tío Leonardo quiso chancearle acerca de ello.

— Muy triste estais, le dijo, no os incomodeis con la botella. El amor no debe costaros el apellido, porque un amante en ayunas no sabe decir tan bonitas cosas como aquel que ha esclarecido sus ideas con algunos vasos de vino.

German se disgustó mas y mas al ver que ya le suponian enamorado, y el ademan que hizo la viuda bajando los ojos y sonriéndose como una persona pagada de sí misma, hizo que le entraran ganas de protestar contra lo que ellos llamaban su derrota, pero temiendo pasar por impolitico se sonrió en paciencia.

Los pretendientes de la viuda le parecieron tres palurdos; bien ricos debían de ser para que la viudales diese oídos. Uno tenia mas de cuarenta años y era casi tan grueso como el tío Leonardo; otro era tuerto y bebía tanto que estaba ya como un poste, y el tercero aunque era joven y no malo, quería decir muchas gracias y no soltaba mas que tonterías. Sin embargo la viuda se reía como si hubiese admirado sus sandeces y esto no era una prueba de su buen gusto. German creyó al principio que estaba contentísima; pero bien luego pudo notar que se le dirijian mil alusiones para ver si al cabo se descubria: esto fué una razon para que se mostrara mucho mas frio y grave que cuando entró.

Cuando llegó la hora de la mesa todos se levantaron para ir juntos. Había una media legua larga que andar, y German estaba tan cansado, que hubiera preferido sin duda dormir antes un poco, pero como no acostumbraba á quedarse sin mesa, se puso en camino con los demás.

Los caminos estaban llenos de gente y la viuda andaba con altivez escoltada por sus tres pretendientes, dándole el brazo alternativamente y mirando orgullosa á los que pasaban: bien hubiera deseado ostentar también el cuarto, pero German

vió que era tan ridículo el papel que se le destinaba, que se mantuvo siempre á cierta distancia hablando con el tío Leonardo y procurando distraerle y ocupar su atención lo suficiente, para que nadie pudiese sospechar que formaba parte de la comitiva.

VII.

EL AÑO.

Cuando llegaron á la aldea donde iban á oír misa, la vinda se detuvo á esperarlos, porque quería hacer su entrada con toda su gente, pero German que lo conoció, quiso negarle esta satisfacción y separándose del tío Leonardo, fué á hablar á varios conocidos y entró en la iglesia por otra puerta. La vinda palideció de cólera.

Sin embargo despues de la misa se volvió á mostrar triunfante como antes, en la pradera donde bailaban, y abrió la danza con sus tres novios sucesivamente. German que la consideraba con atención, vió que bailaba bien, aunque con muchas pretensiones.

— Cómo! dijo Leonardo pegándole en el hombro, con que no sacáis á bailar á mi hija? Eso es ya demasiada timidez.

— Nunca he vuelto á bailar desde el día que perdí á mi muger, respondió el labrador.

— Pero puesto que estáis buscando otra eso quiere decir que el luto se acabó.

— No tal, no tal, tío Leonardo; además yo soy un poco viejo, y se me ha concluido el gusto por el baile.

— Venid acá, repuso Leonardo llevándose á un sitio apartado; os habeis incomodado al entrar en mi casa, viendo que la plaza estaba ya sitiada, y esto me hace presumir que sois muy altivo de carácter. Pero no tenéis razon para enfadaros, hijo mio; Catalina está habituada á que la hagan la corte, sobre todo desde hace dos años que se quitó el luto, y me parece que á ella no la toca el veniros á hacer proposiciones.

— Hace dos años que vuestra hija está para casarse, y no se ha decidido todavía?

— No quiere precipitarse en elejir y tiene mil razones. Aunque tenga la cara muy despierta y os parezca que reflexiona poco, es una muger de mucha sensatez, y que sabe muy bien lo que se hace.

— No lo parece sin embargo, dijo German ingenuamente, porque teniendo ya tres pretendientes si supiera bien lo que desea habría dos de mas hace algun tiempo.

— Y porqué? Veo que entendeis poco en el asunto. Catalina no quiere al viejo, ni al tuerto, ni tampoco al joven, estoy casi seguro; pero si los despidiese, se creería que prefere permanecer vinda, y no vendría ninguno mas.

— Ah! ya comprendo; esos tres sirven de muestra?

— Asi es, pero qué mal puede haber en ello?

— Cada cual tiene su gusto, dijo German.

— Veo, por lo que decís, que el suyo no se halla de acuerdo con el vuestro; pero vamos á ver; todo tiene arreglo en este mundo: suponiendo que fueseis vos el preferido se os podría dejar el campo libre.

— Si, suponiendo; pero entretanto, cuanto tiempo tendrémos que esperar?

— De vos mismo depende, á lo que yo imagino, si es que sabeis hablar y persuadir! Hasta aquí mi hija ha comprendido que el mejor tiempo de su vida será aquel que pase dejándose querer, y no tiene prisa de servir á un hombre cuando puede mandar á muchos segun su voluntad. Por esto, en tanto que la guste el entretenimiento, se divertirá, pero si la gustais

mas que la diversion, esta podrá cesar bien luego. Lo que podéis hacer es no cansaros. Venid á casa los domingos, sacadla á bañar, dadla á conocer que pretendéis su mano, y si la parecéis mas amable y mejor que los demas el mejor día os dará la noticia.

— Tío Leonardo, vuestra hija puede hacer lo que bien la parezca; yo nada tengo que decir. Lo que tiene, que yo en su lugar, obraría de diferente modo; sería mucho mas franco, y no haría perder el tiempo á hombres que sin duda tienen otras cosas que hacer que dar vueltas junto á una muger que se burla de ellos en sus barbas. Pero en fin, si esto para ella es una diversion, y una felicidad, no tengo que meterme en ello. Unicamente, para vuestro gobierno, debo deciros una cosa, que tengo en la punta de la lengua toda la mañana, y que siento mucho confesaros, en atención á que principiasteis por engañaros sobre mis intenciones sin darme entonces tiempo para que os respondiera. Estais en un error; yo no he venido aquí para pedirós á vuestra hija en matrimonio, sino para compraros un par de bueyes que sé que vais á vender en la feria la semana que viene, y que le hacen alguna falta á mi suegro.

— Entiendo, entiendo, German, respondió Leonardo con mucha calma; habeis cambiado de idea al ver á mi hija con sus pretendientes: como gustéis. Por lo visto lo que es un cebo para unos, es malo para otros; podéis retiraros honrosamente, puesto que nada habeis dicho todavía. Si queis de veras comprarme los bueyes, venidos á ver á donde están pastando; allí hablaremos, y que nos arreglemos ó nó, vendreis á comer con nosotros antes de volveros.

— No quiero que os incomodéis por mí, repuso German, acaso tenéis que hacer aquí; yo estoy cansado de ver hallar con los brazos cruzados, me iré solo á ver los animales, y luego nos encontraremos en vuestra casa.

Y dicho esto, German se escabulló dirigiéndose hácia los prados, donde, en efecto, Leonardo le mostró á lo lejos una parte de su ganado. Era muy cierto que el tío Mauricio pensaba en comprar un par de bueyes, y German se echó la cuenta de que llevándoselos á un precio moderado, podría perdonarle mejor el no haber cumplido de intento con el fin que se propuso en su viaje.

German echó á andar de prisa y bien luego se encontró á poca distancia de Ormeaux. Al verse allí tuvo buenas ganas de ir á dar un beso á su hijo, y de volver á ver á Mariquita aunque ya hubiese perdido la esperanza de deberla un día su felicidad. Todo lo que acababa de presenciar y de oír, aquella muger coqueta é infatuada, aquel padre asiático y mentecato que fomentaba en su hija sus malos hábitos de orgullo y falsedad, aquel lujo que tan en contradicción le parecia con la dignidad de costumbres de los campos, aquel tiempo perdido en palabras necias y afectadas, el género de vida de aquella casa que tanto difería del de la suya, y sobre todo el disgusto profundo y motivado que experimenta el hombre de los campos cuando sale de sus hábitos de trabajo, el fastidio y confusion que se habian apoderado de su ánimo despues de algunas horas, todas estas cosas reunidas le dieron á German la idea de volver á reunirse con su hijo y con su vecina Mariquita, siendo digno de notar que, aun cuando no hubiera estado enamorado de esta última, la hubiera buscado en aquella ocasion para distraerse y volver su espíritu á su órden de ideas acostumbrado.

Pero en vano estuvo mirando mucho tiempo por aquellos alrededores; en ninguna parte pudo hallar ni á Maria ni á su hijo Periquito. Sin embargo aquella era la hora en que los pastores se hallan en el campo. German preguntó á

un mozo que guardaba un rebaño, si eran de Ormeaux aquellos ganados.

— Si, respondió el muchachillo.

— Y tú eres el pastor? Segun eso, son los muchachos los que cuidan el ganado lanar en estos sitios?

— No por cierto; los guardo hoy porque se ha marchado la pastora que estaba mala.

— Pero no ha venido otra nueva esta mañana?

— Ya, ya; bien pronto se volvió á marchar.

— Qué estás diciendo? no traia consigo un niño?

— Si, un chiquito que lloraba mucho. Ambos se fueron juntos al cabo de dos horas.

— Y á donde han ido?

— Eso sí que no sé, porque no se lo he preguntado.

— Pero porqué se fueron? preguntó German con una zozobra que iba creciendo por instantes.

— Toma! acaso lo sé yo!

— No se habrán arreglado en el precio; sin embargo, creo que estaba convenido de antemano.

— Nada puedo decir, porque nada sé; los vi entrar y salir, y ahí está todo.

German se dirigió á la quinta á preguntar á los colonos, pero nadie pudo explicarle lo que habia pasado, y solo pudo averiguar que la jóven, despues de haber hablado con el amo, se marchó, sin decir una palabra, con Periquito que lloraba mucho.

— Pero han maltratado á mi hijo? exclamó German con los ojos inflamados de cólera.

— Era hijo vuestro? entonces porqué venia con la muchacha? De dónde sois, y como os llamais?

Viendo German que, segun la costumbre del país, le respondian con preguntas, pegó una patada en el suelo con impaciencia y dijo que le llevasen á ver al amo.

Pero este no estaba en casa. No acostumbrando á permanecer el día entero cuando venia á la quinta, habia montado á caballo en direccion á otra cualquiera de sus posesiones.

— Con que entonces dijo German, presa de una viva ansiedad, no podéis decirme por qué razon la chica se ha marchado?

El interrogado cambió una sonrisa un poco extraña con su muger, y luego respondió que no lo sabia, y que aquello nada le importaba. Todo lo que German pudo saber, fué que la jóven y el niño habian ido por el lado de Fourche; inmediatamente se dirigió tambien allá; la vinda y sus pretendientes no habian vuelto todavía, como tampoco el tío Leonardo: la criada le dijo, que una jóven y un niño habian ido á preguntar preguntur por él, pero que como no les conocia no habia querido recibirlos y les habia dicho que en la aldea donde habia ido á misa le encontrarían.

— Y porqué no habeis querido recibirlos? dijo German de muy mal humor: tan desconfiados son en esta comarca, que no conceden nunca la hospitalidad?

— Ya lo creo, respondió la criada; en una casa rica como esta, hay que estar con el ojo bien alerta. Yo respondo de todo, cuando no están los amos, y no puedo abrir la puerta á todos los que llaman.

— Pues es una costumbre muy mala, dijo German, y preferiria mil veces el ser pobre á vivir así cercado de temores. Adios, adios; no me verán jamas por estas tierras.

En las casas de las cercanias donde se llegó German á pedir informes, le dijeron que habian visto pasar á la pastora con el niño. Como Periquito habia salido de casa de improviso, con su blusa un poco desgarrada y su piel de corderillo

sobre el cuerpo, y como la pobre Mariquita iba muy mal vestida en todos tiempos, les habian tomado por mendigos ofreciéndoles un pedazo de pan. La jóven lo aceptó para el niño que tenia hambre, y luego se marchó prontamente con él en direccion al bosque.

German reflexionó un instante, y luego preguntó si el hacendado de Ormeaux habia ido á Fourche.

— Si, le respondieron; por aquí pasó á caballo algun tiempo, despues que la jóven.

— Pero la iba siguiendo?

— Ah! le conocéis? dijo riendo el tabernero del lugar que era á quien habia dirigido su pregunta: sí, es el diablo en persona para perseguir á las muchachas. Pero no creo que esta haya caído caído en sus garras... aunque sin embargo, si la hubiese visto...

— Basta, basta, mil gracias, dijo German y echó á correr al punto á la cuadra del tío Leonardo, puso los aparos á la Parda, se montó de un brinco, y salió á todo galope hácia el bosque de Canteloube.

El corazón le daba saltos en el pecho de cólera y de zozobra, y aneas gotas de sudor le corrían por la frente. Azuzada por el labrador la Parda que, por otra parte se veía en el camino de su cuadra, corría que casi volaba.

German se encontró bien luego en el mismo sitio donde habia pasado la noche al borde de la charca. La lumbre humeaba todavía, y una pobre anciana estaba recogiendo el resto de provision de leña seca que habia reunido Mariquita. German se detuvo para preguntarla, pero ella cómo era sorda equivocándose sobre el sentido de lo que le decía, contestó

— Si, hijo mio, es la Charca del Diablo. Es un sitio muy malo, y nadie debe pararse aquí sin echar tres piedras al agua con la mano izquierda, santiguándose al mismo tiempo; esto aleja los malos espíritus. Si no se hace, desgraciado del que la da la vuelta; grandes desgracias le sucederán.

— No os hablo de eso, dijo German acercándose á ella y gritándole al oído; no habeis visto pasar por aquí á una muchacha con un niño?

— Si, contestó la vieja, aquí ha muerto ahogado un niño. German se estremeció de pies á cabeza, pero por fortuna la anciana añadió al punto:

— Hace de esto muchísimo tiempo; en memoria de esta desgracia pusieron aquí una hermosa cruz, pero una noche, en medio de una fuerte tempestad, la arrojaron al agua los espíritus. Aun se describe un pedazo de ella. El que tenga la mala suerte de pararse aquí por la noche, puede estar seguro de que nunca podrá salir antes que llegue el día. Ya puede estar andando hasta que se reciente, podría hacer docientos leguas en el bosque y siempre vendría á parar al mismo sitio.

(Se continuará.)

LA MUSICA SAGRADA.

Los cuatro bajo-relieves que decoran el pedestal de la estatua de Beethoven en Bonn, representan la Sinfonia, la Fantasia, la Tragedia lirica y la Música religiosa. La Sinfonia sube el cielo despidiendo acordes de una lira; sus ojos abiertos y levantados buscan el ideal: lleva los cabellos esparcidos y flotan al viento sus ropajes; sostenida en un grupo de nubes llevadas por los genios, se parece á una virgen de la Asuncion. La Fantasia manifiesta mayor desorden; sentada en un animal quimérico que la lleva con rapidez sobre la tierra tiene alguna semejanza, bajo este punto de vista, con la Ariana de Dannecker. La Tragedia lirica sentada, como la Música sagrada en medio de una especie de medallón, or-

namento mas elegante que motivado, tiene un aspecto grave y meditabundo; lleva una corta flauta en una mano, y la otra la tiene apoyada graciosamente bajo la barba denotan-

do la meditacion. Los atributos de esta figura, son varias caretas y una lira. La Música religiosa ó sagrada, está fielmente representada en nuestro dibujo: estos bajos relieves



La Música sagrada, por HARNEL.

de M. Hahnel se distinguen por su dibujo sencillo y elegante, como solo se vió en las grandes épocas del arte. La estatua de Beethoven, por el mismo artista, representa al sublime

compositor en traje moderno con un cuaderno en una mano un lápiz en la otra y profundamente sumergido en sus grandes y divinas inspiraciones.

PEDRO PABLO PRUD'HON.



El rapto de Psiquis.

Pedro Pablo Prud'hon!... al pronunciar este nombre tan dulce, un mundo colosal de poesia y de amor se abre á la imaginacion estasiada de encanto, y el alma se sumerge repentinamente en los mas gratos y deslumbrantes sueños! Este pintor recibió del cielo el don maravilloso y raro, de renovar la faz de la mitología antigua, que el siglo XVIII habia gastado hasta la saciedad; puede decirse que Prud'hon devolvió su primitiva juventud y su beldad divina á todos los dioses y diosas del Olimpo.

Prud'hon es el Prometeo moderno de la estatuaria griega que animó con un soplo de vida los mejores mármoles que nos legara la antigüedad: el pincel, en su mano, fué como la llama que sacó del cielo el ingenioso hijo de la Tierra, el magnánimo Titano.

Entre las muchas y esquisitas cualidades que distinguen el genio de Prou'hon, figura en primera linea la gracia vo-

luptuosa, el sencillo encanto, la suavidad de espresion y la belleza simpática y llena de atractivos que supo dar á todas sus figuras, y con particularidad á sus personajes femeninos, en cuyas formas, ya estén desnudas ó vestidas, se muestra ó se adivina siempre una elegancia inimitable y pura.

Echemos una ojeada al rapto de Psiquis. Qué bien tendida se halla en su lecho de zéfitros la rubia y jóven esposa de Eros! El sibarita, á quien le robó el sueño una hoja de rosa arrugada en su cama, no hubiese abandonado con mil amores su lecho recogido en los campos de Poestum, por el que ocupa aqui Psiquis? Así no hay mas que verla: qué bien duerme! qué natural es ese sueño! La fresca deidad está desnuda, así como los zéfitros y los amores que la llevan al palacio encantado donde le esperan sus bodas celestiales, y sin embargo, á pesar de que esta escena toca en los últimos

límites de la voluptuosidad, no puede tampoco ser mas casta : què secreto poseia, pues, la mano del pin'or que la trazó?

Este poeta que, en la realización de este precioso asunto, fué precedido por el mismo Rafael, y que sin embargo supo permanecer aquí al nivel del inmortal pintor de la FARNESINA, era el undécimo hijo de un pobre albañil de Cluny pequeña población de la Borgoña. En este pueblo nació el 6 de abril de 1760, y en el monasterio de Cluny fué donde vivió los primeros cuadros que decidieron de su vocación. El jóven se apasionó de tal manera por aquellos lienzos, que los benedictinos que habitaban el convento, no tardaron en notar sus inclinaciones y naciente genio, y habiéndolo hablado de ello al obispo de Macon, este que, quiso erigirse en protector del artista en ciernes, le colocó en la escuela de dibujo de Dijon, cuando apenas tenía diez y seis años. Bien luego el adolescente se llevó el premio de pintura instituido por los Estados de Borgoña, con lo cual pudo marchar á Roma para estudiar las grandes obras de los maestros italianos, y adquirir la pureza de Sanzio, y la luz del Corregio; en cuanto á la ternura y á la gracia de estos dos semi-dioses del arte, el hijo del albañil de Cluny los poseía ya.

J. J. ARNOUX.

DEL USO DEL ALCANFOR EN LAS TOSSES NERVIOSAS.

El doctor Alquié prevenido contra el alcanfor por el abuso que hacen las personas no médicas, no recurrió á este medicamento sino despues de haber agotado sin ningun resultado la mayor parte de los medios aconsejados contra la tos nerviosa. La primera persona que le proporcionó ocasión de observar la influencia pronta y radical de la administración de los granos de alcanfor fué una señorita jóven y sumamente nerviosa que hacia una semana sufría una pertinaz, seca, que provocaba vivos dolores de pecho y que habia producido bastante postración. El autor aconsejó diez granos de alcanfor: por la mañana la tos habia desaparecido: diez granos mas completaron la curación. Semejante resultado sorprendió mas bien que convenció al doctor Alquié respecto á la virtud real del medicamento empleado. A poco tiempo fué llamado para asistir á una señora atacada de una violenta congestión cerebral y una tos fuertísima á consecuencia de un enfriamiento. Una sangría copiosa, sinápsimos en los pies y un vejigatorio en un brazo disiparon rápidamente los síntomas cefálicos, pero permanecieron los golpes de tos y la perturbación en la respiración. La tos seca, pertinaz, dolorosa y con un poco de fiebre. El doctor Alquié ordenó pedacitos de alcanfor como en la enferma anterior: al día siguiente se habia disipado la tos y no se reprodujo.

No multiplicaremos los ejemplos, pues que de los dos casos observados por el doctor Alquié resulta que el alcanfor disipa rápidamente, no solo las simples toses nerviosas, sino tambien las toses dolorosas con un poco ó nada de polvo, producidas por una irritación catarral de los bronquios sin lesión apreciable por la auscultación del tejido pulmonar. El alcanfor no produce ningun efecto cuando la tos siendo seca se vuelve húmeda, con espútos espesos amarillentos, ni en los casos en que hay lesiones materiales del pulmon.

La administración del alcanfor es sumamente sencilla. Se aplasta un pedacito de dicha sustancia y se tragan las partículas con muchas horas de intervalo.

Hemos tenido ocasión de comprobar una vez los buenos resultados del alcanfor tomado del modo que indica el doctor Alquié y efectivamente el resultado ha sido la desaparición

de los. Esperamos que nuestros profesores estudiarán este medio tan sencillo como pronto.

ESTADÍSTICA.

POBLACION RELATIVA DE DIVERSOS ESTADOS DE EUROPA.

El censo suizo de 1850 dá una población de 2,393,931 habitantes por toda la Confederación, y admitiendo que la Suiza tenga 1,791 leguas cuadradas, tendremos una población media de 1,340 habitantes por legua cuadrada. La Baviera tiene 950; la Prusia, 1250; el Austria, 1,290, y la Inglaterra, 2,280. En España tenemos una población media de 900 por legua cuadrada; mas si atendemos al resultado de cada provincia, encontramos diferencias de consideración, pues al paso que en algunas del interior se encuentran apenas 600 habitantes por legua, arroja el censo de otras mas de 2,300; es decir, una población relativa superior á la de Inglaterra. Segun el censo que se está practicando ahora en los Estados Unidos, resulta que la población de las varias capitales, villas y otros centros tuvo un aumento de 117 por 100 en el espacio de diez años trascurridos desde el de 1840, fecha del último censo. La población relativa no puede compararse aun á la europea á causa del número territorial que los diferentes Estados abrazan.

LA SUIZA SAJONA.

Hé aquí como se esplica un viajero que ha recorrido estos pintorescos paisés:

» Desde la cúspide de la montaña Bastai que se eleva casi al centro de la Suiza sajona, la mirada abraza las ciudades del curso del Elba, los caminos, aldeas, ciudades, castillos y elevadas rocas aisladas que caracterizan el paisaje, las profundas gargantas y todos los detalles de este suelo tan trastornado antiguamente por los furiosos de las aguas. Al contemplar este magnífico espectáculo, comenzaba á sentirme penetrado de esa rara y suprema embriaguez objeto supremo del viajero y recompensa de sus fatigas.

» Estaba ya cansado de mi guía y de sus vulgares observaciones, y me escurri á pasos lentos con el aire indiferente de un paseante, hasta el bosque vecino. Cuando me convencí de que ya estaba oculto por los primeros árboles, apresuré mi paso, y conté por echar una carrera que duró un cuarto de hora. Me detuve con el corazón palpitante y me puse á escuchar, mas no oí nada: hallábase solo en un estrecho sendero del Ottowalder-Grund, entre dos inmensas murallas de rocas entapizadas de árboles y de musgo, agujeradas, cayéndose por unos lados y tocándose por otros. Pero no se oía el mas pequeño ruido; sólo de distancia en distancia se sentían algunas gotas de agua que caían por una oscura grieta, algun pájaro que buía por entre las hojas, ó un insecto que se deslizaba por la yerba. Era un día hermosísimo de verano, á eso de las doce, y sin embargo me hallaba sumergido casi en la oscuridad. Un rastro de cielo azul serpenteaba sobre mi cabeza; de cuando en cuando algun rayo del sol atravesaba oblicuamente por entre las tupidas ramas de los árboles. Como esplicar lo que se siente en medio de una completa soledad, en un sitio totalmente desconocido, y en pais extranjero? Cómo pintar esa inmensa calma exterior que penetra insensiblemente hasta lo mas recóndito del alma? Cuanto mas se va penetrando en semejante suelo, tanto mas le parece á uno penetrar en el fondo de sí mismo; á cada paso se aleja uno mas de las preocupaciones habituales de la vida,

al mismo tiempo que se separa de los hombres, de sus habitaciones y trabajos. En momento llega en que podría decirse que nuestra alma, lo mismo que un lago cuyas aguas no agita el menor soplo, se vuelve inmóvil y trasparente. Algunas horas pasadas en uno de esos silenciosos recogimientos, en medio de los bosques ó de las rocas, nos inspiran pensamientos mas grandes y profundos, que todos los esfuerzos de abstracción que hacemos durante años enteros en el seno de las ciudades.

» El primer ser humano que encontré en el Ottowalder-Grund me hizo estremecer; era una vieja enana que estaba en pié, inmóvil y apoyada en la roca, sin otro movimiento en su cuerpo que el de sus ojos. No supe qué pensar al verla; pero bien luego se aclaró el misterio; á algunos pasos de allí una niña me tendió la mano murmurando un rezo, y era que me pedía limosna para la pobre enana. Mas lejos encontré tambien una señora jóven y muy delicada en apariencia; dos hombres la llevaban en una especie de litera, en tanto que un caballero de avanzada edad, que sin duda sería su padre ó su marido, la seguía encoberado y respirando apenas, con los ojos fijos en el suelo, ni uno ni otro hacían mas caso del paisaje que si hubieran estado en medio de un camino bien ancho y bien barrido. Mas lejos aun me hallé en frente de una casita de madera: una jóven y su madre, sentadas á la puerta, vendían algunos objetos de madera labrada, y cuchillos, espejos y cristalería. Por espacio de mas de cuatro horas no vi ningun otro rostro humano, y sali de aquella larga barranca en que me hallaba, subiendo unos escalones abiertos en la piedra que me condujeron á la aldea de Ottowalder. Luego me dijeron que probablemente habria pasado junto á la *Tenfelskuche* (cocina del diablo) ancha caverna donde, en tiempos de guerra, los campesinos ocultan sus muebles y su dinero, así como sus mugeres y sus hijos. Mas bien me acordé de algunas cruces con inscripciones funerarias, y de un pasaje sumamente estrecho, en donde acumuladas las rocas, han dejado solo una abertura parecida á una puertecilla baja cuadrada.

De la aldea continué andando al acaso por medio de los campos. Encontré á algunas mugeres trabajando en la siega vestidas con gusto y limpieza que me saludaron diciéndome: *Da*, abreviatura del saludo ordinario de buenos días.

Por la noche llegué al lindo pueblecillo de Lohmen, construido sobre una roca, y al día siguiente visité el antiguo castillo de Holmstein, célebre en la Sajonia por los sitios que sostuvo contra los austriacos y los suecos durante la guerra de treinta años; edificado sobre un abismo, no toca á la ciudad sino por un puentecillo de piedra. Se conserva en este castillo como un objeto de curiosidad, una cuerda de paja hecha por un preso, que, sorprendido en el momento en que bajaba, fué llevado otro vez á su calabozo; tambien se enseña al viajero el cuarto en donde encerraron, en tiempo de Weimar y de Augusto II, á un famoso alquimista sajón del siglo XVIII llamado Klettemberg; y la sala del tormento donde hubo un carnicero que soportó los dolores mas atroces sin confesar su culpa, y despues, cuando le absolvieron, declaró que en efecto era culpable. De este modo el tormento obligaba muchas veces á que acusara el inocente, mientras que los culpables, que tenían buenos ánimos, se libertaban de confesar sus crímenes.

En las cercanías, vi el Dielskeller, ó caverna de ladrones que, durante la guerra de 1813, sirvió de guarida á un gran número de familias. Muchas grutas mas tuvieron este mismo destino en tanto que otras varias fueron habitadas por ladrones; de este modo se ven algunas veces que forman sus

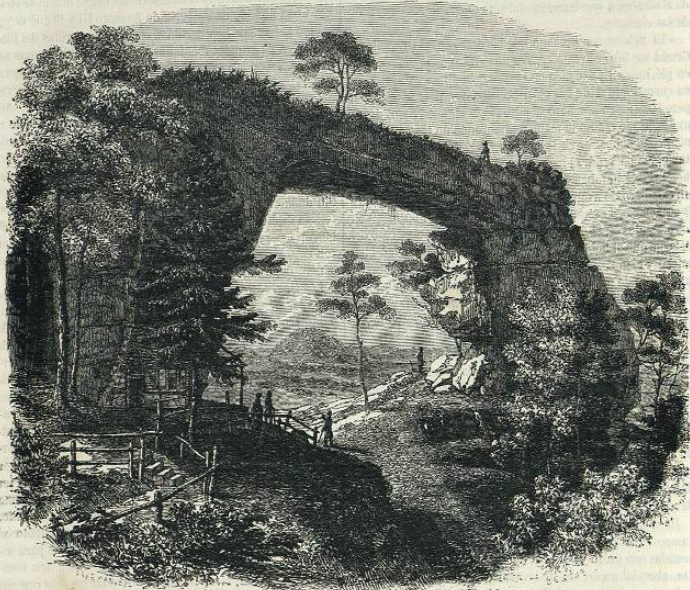
nidos á diferentes alturas y en las mismas rocas, las palomas y las aves de rapaña. Despues de haber subido dos montañas, bajé al valle Tiefgrund donde volví á hallar durante muchas horas la paz y las emociones que me habia dado el Ottowalder-Grund. Al salir de allí me perdí, creia acercarme á una de las mas altas y mas hermosas montañas de la Suiza sajona, el Liliestein (la montaña de los lirios) donde se eleva hoy una pirámide en memoria de Augusto III y llegué de repente á Schandan, bonita ciudad construida á orillas del Elba á la falda de grandes montañas cubiertas de hermosas arboledas. Schandan es muy amada por sus baños de aguas minerales, celebridad mas sólida que brillante y que no atrae á ella sino las personas que realmente lo necesitan. Allí se toman las aguas muy sencillamente, sin juegos, bailes ni conciertos. Esta dejadez de los viajeros elegantes es tanto mas sorprendente cuanto que es muy fácil el ir á Schandan de Dresde, y aun de Berlin, por el camino de hierro en unas pocas horas. La palabra Schandan significa Prado infame. Sin duda alguna debe existir una leyenda muy negra y misteriosa esplicativa de este nombre; por mi parte no traté de buscarla porque me gusta poco ennegrecerme la imaginación con esos horribles recuerdos, cada crónica sangrienta de ese género deja una mancha en la memoria.

Los viajeros que se proponen explorar detenidamente la Suiza sajona fijan ordinariamente su residencia en Schandan, punto céntrico de sus escursiones. Si se continúa subiendo la ribera derecha del Elba, se encuentra una nueva serie de rocas y barrancos, lo mas extraño y variado que puede verse. Despues de haber hallado alternativamente la roca que se llama refugio de los Croatas, el valle del Infierno, la caverna del Metz, el molino de los Paganos, la catarata de Lichtenheim, el valle del Kirmitseh, y el hermoso manantial de Mautzborn, llegué al Kuhstall, que es de todos los puntos pintorescos de la Suiza, aquel en que se reúne siempre el mayor número de viajeros. El Kuhstall, es decir el establo de las Vacas, es una hóveda sumamente ancha, y que tiene sesenta piés de altura. Un posadero ha puesto un establecimiento, á uno de sus lados, y el viajero se pone muy contento al hallar en aquel desierto unas mesás á que sentarse para tomar algunos refrescos. Algunos viajeros escriben sus nombres en la hóveda, otros tratan de despertar los ecos con sus cánticos, y otros van allí á sacar dibujos. Casi todos son ingleses y alemanes; á los hombres del mediodia no les gusta mucho el subir hacia el Norte. Mas allá del Kuhstall, se vé el agujero del Sastre y el del Sacerdote, gruta, desde la cual los habitantes husitas de Lichtenheim precipitaron, en el siglo XV, á su cura parroco. Bien luego no se descubre otra cosa al rodear sí rocas amontonadas, cada cual con un nombre extraordinario. Regularmente se pasa la noche en la posada del Winterberg alguna distancia del precipicio mayor de toda la comarca que se llama el Schneeburger-Loch. Hacia el Sudoeste, acercándose á las fronteras de la Bohemia, se entra en un bosque de arándanos que conduce al valle de Prebischgrund en frente de un aislado monton de inmensas rocas.

En este paisaje es donde se vé una de las maravillas de la Suiza sajona el Prebischthor, arco de piedra cuya altura tiene unos ciento treinta piés. Se sube á él por una cuestecilla poco pendiente, y desde este puente natural, ancho y sólido á la vez, se goza de un espectáculo admirable. Esmuy raro que se vaya mas allá del Prebischthor hasta Teitschen y Altstadt, sobre todosi uno se propone visitar la otra mitad de la Suiza sajona, por la ribera izquierda del Elba. Yo volví á Dresde por este lado, siendo lo mas notable que encontré,

la montaña colosal de Schceberg; el Napoleonstein (piedra de Napoleón) célebre en la Sajonia únicamente porque el emperador se sentó un instante en esta roca en 1813; el Kenigstein (piedra del Rey) cuya cima se halla coronada por la fortaleza mejor de la Sajonia; la cascada de Laughenners-

dorf á la estremidad del valle de Zwiesel; varias minas de plata, cobre y hierro, y por último el castillo de Sonnenberg y la ciudad de Pirna que estaban á mi derecha cuando subía el río. En resumen, vi muchas cosas, sin haber estado ausente mas que tres días. »



El Prebischhor.—Dibujo de Freeman.

LA CHARCA DEL DIABLO.

POR

JORGE SAND.

(Véase nuestro número 6.)

La imaginación del labrador se sintió herida á pesar suyo con lo que estaba oyendo, y la idea de la desgracia que debía venirle, para acabar de justificar las aseveraciones de la anciana, se apoderó de tal modo de su ánimo que la sangre estuvo para helárselo en las venas. Desesperando de obtener otras noticias, volvió á montar á caballo y se internó en el bosque llamando á Piriquillo con todas sus fuerzas, silbando, chasqueando su látigo, rompiendo las ramas de los árboles para hacer ruido, y parándose al mismo tiempo á ver si alguna voz le respondía; pero no oyó mas que las campanillas de las vacas esparcidas entre los mator-

rales y el gruñido de los cerdos disputándose las bellotas.

Por último German oyó detras de sí el ruido de un caballo que seguía sus huellas, y un hombre de unos cuarenta años, moreno, robusto y vestido como un habitante de una ciudad, le gritó que se detuviera. German no había visto nunca al hacendado de Ormeaux, pero un instinto de rabia le hizo adivinar en seguida que era él. Al punto se volvió y mirándole de pies á cabeza aguardó á ver lo que tenía que decirle.

—No has visto pasar por aquí á una joven de quince ó diez y seis años con un muchacho? dijo el hacendado afectando cierto aire de indiferencia aunque estaba muy comovido en realidad.

—Y qué la queréis? respondió German sin tratar de ocultar su cólera.

—Podría responderos que eso os importa poco, camarada, pero como no tengo razon ninguna para ello, os diré que es una pastora que había tomado por un año sin conocerla. Cuando la vi llegar esta mañana, pareciéndome demasiado

jóven y endeble para el trabajo que se requiere aquí, la despedí, mas al ir á pagar el gasto que podía haber hecho en su corto viage, se marchó enfadada mientras yo me hallaba vuelto de espaldas, y con tanta precipitación hubo de hacerlo, que se olvidó de una parte de su equipage y de su bolsa que, en verdad esta poco repleta; ahora bien, como yo tenía que pasar por aquí pensé encontrarla para devolverle lo que es suyo, como así tambien lo que la debo.

German era un hombre bastante honrado para no titubear un poco al oír esta historia, que sino era muy verosímil, era posible al menos, así fué que mirando detenidamente al hacendado que soportó esta investigación con mucha impudencia ó mucho candor, dijo conteniendo su agitación:

—Esa es una muchacha de mi lugar; yo la conozco, y debe estar por aquí; vamos á buscarla juntos, que pronto daremos con ella.

—Teneis razon, dijo el hacendado, vamos allá, y sin embargo, sino la encontramos al fin de esta calle renuncio á ello porque tengo que tomar el camino de Ardentés.

—Oh! dijo para sí el labrador, no meseparo de tí, aunque debiéramos dar vueltas juntos por espacio de veinticuatro horas á la Charca del Diablo.

—Silencio! exclamó German de repente fijando sus ojos en unos matorrales que se movian de un modo muy particular, eh! eh! Periquillo, eres tú, hijo mío?

El niño reconociendo la voz de su padre salió de entre los matorrales saltando como un cabalillo; pero en cuanto notó que estaba en compañía del hacendado, se detuvo como lleno de asombro y titubando en lo que debía hacer.

—Ven, Perico, ven, soy yo, no te asustes; exclamó el labrador corriendo detras de él y saltando de su caballo al suelo para tomarle en brazos: dónde está Mariquita?

—Ah! está escondida porque tiene mucho miedo de ese pizaro hombre vestido de negro, y yo tambien!

—No tengas cuidado que aquí estoy yo. Maria, Maria, no me oyes?

Maria se adelantó con mucha timidez, y en cuanto estuvo cerca de German, detras del cual se hallaba el hacendado, se arrojó con ansia en sus brazos, y exclamó con el acento de una hija que habla con su padre:

—Ah! German, German, defendedme, ahora no tengo miedo en vuestra compañía.

German esperiméntó un temblor convulsivo. Maria estaba blanca como un papel; sus vestidos se hallaban desgarrados por las espinas de las zarzas del bosque que había cruzado en todas direcciones buscando un refugio como una liebre perseguida por el cazador, mas sin embargo, su fisonomía no manifestaba vergüenza ni desesperación.

—Tu amo desca hablarte, le dijo German observando atentamente sus facciones.

—Mi amo? respondió Maria con altivez; ese hombre que está ahí no es mi amo ni lo será nunca. Mi amo sois vos German: os serviré por nada.

El hacendado se adelantó dos pasos aparentando la mayor serenidad.

—Muchacha, has olvidado en casa algunas cosas que te traigo aquí.

—No señor, respondió Mariquita, no he olvidado nada, y no tengo nada que pedir.

—Oye dos palabras aparte, dijo el hacendado: vamos no tengas miedo; te aseguro que no seré largo.

—Podéis decir las en alta voz, ningun secreto existe entre nosotros.

—Pero ven al menos por tu dinero!

—Mi dinero! Nada me debeis, gracias á Dios.

—Ya me lo sospechaba yo, dijo German á media voz; pero no le hace, Mariquita, oye lo que tiene que decirte porque por mi parte tengo mucha curiosidad en saberlo; luego me lo dirás á mí, tengo mis razones para esto. Anda junto al caballo, no te perderé de vista.

Maria dió tres pasos hácia el hacendado quien la dijo inclinándose sobre el pomo de su silla y bajando la voz:

—Aquí tienes una moneda de oro para tí; no dirás nada, lo oyes? Yo diré que no me sirves para el trabajo, y echemos tierra sobre el asunto. Uno de estos dias pasaré por tu casa, y si has sabido guardar el secreto, te dare alguna cosilla mas, y luego, siempre que quieras ser mas razonable, no tienes mas que hablar que yo te volveré á traer á casa, ó iré á verte en el campo al anochecer. Qué regalo quieres que te lleve?

—Este es el regalo que os hago yo! respondió Mariquita en alta voz tirándole á la cara y con bastante fuerza, su moneda de oro. Muchas gracias os doy por todo, y os suplico que me advirais cuando vengais al pueblo, para que salgan los mozos á recibirnos; en mi lugar quieren mucho á los tuitantes que persiguen á las pobres muchachas. Ya vereis entonces como os reciben!

—Eres una embustera, una mala lengua, dijo el hacendado lleno de cólera alzando su paño con aire de amenaza; quieres hacer creer lo que no hay, pero no me sacarás el dinero; ya te conozco, buena pieza.

Maria retrocedió asustada; pero German se arrojó á las bridas del caballo del hacendado y sacudiéndolas con fuerza exclamó:

—No necesitamos mas; está sabido todo: á tierra, á tierra que ya nos entenderemos los dos.

El hacendado no se hallaba muy dispuesto á emprender la lucha; así fué que al oír esto dió despuelas á su caballo para saltarle del labrador á quien quiso pegar un palo en las manos á fin de obligarle á abandonar las riendas; pero German evitó el golpe, y cojiéndole por la pierna le hizo caer al suelo, donde le tumbó á pesar de que el hacendado se había levantado al caer, defendiéndose vigorosamente: cuando German le tuvo debajo y bien sujeto, exclamó:

—Hombre sin corazon, podría molerte á palos si quisiera, pero no me gusta hacer daño á nadie, y ademas el castigo no emendaria tu conciencia. Sin embargo, no temenas de aquí hasta que pidas perdon á esa muchacha de rodillas.

El hacendado que conocia los lances de esta clase, quiso tomar la cosa como una chanza: supuso que su pecado no era nada grave, puesto que no consistía sino en palabras, y dijo que pediria perdon á Mariquita con la condicion de darle un beso y de ir luego todos juntos á echar un trago á la taberna para despedirse despues como buenos amigos.

—Tengo lástima de tí, le respondió German volviéndole la cara contra el suelo, y deseo perder de vista cuanto antes tu rostro malvado. Mira, ruborizate si eres capaz de ello, y cuando vengas á mi pueblo trata de tomar el camino de los afrentados.

Y al decir esto cogió el palo del hacendado, le hizo pedazos sobre sus rodillas para mostrarle la fuerza de sus puños, y arrojó las asillas á lo lejos, con el mayor desprecio.

Luego tomando á su hijo con una mano, y con la otra á Mariquita, se alejó presuroso de aquel sitio trémulo de indignacion y de cólera.

VIII.

LA TIA MAURICIA.

Al cabo de un cuarto de hora habían salido del bosque, y trolaban por la carretera, relinchando de gozo la Parida á cada obgeto conocido que iba encontrando por el camino. Periquillo contaba á su padre lo que había podido comprender de lo que había pasado.

— Cuando llegamos, dijo, ese hombre vino á hablar á mi Mariquita, que se puso enseguida á mirar los carneros.

Yo me había subido en el pesebre para jugar y ese hombre no me veía: entónces dijo buenos días á Mariquita y la dió un beso.

— Con que te has dejado dar un beso, María? dijo German incomodado.

— Créi que era la costumbre del lugar, como en vuestra casa la abuela da un beso á las muchachas que entran á serviría para hacerlas ver que las adopta y que será para ellas como una madre.

— Y después, repuso Periquito muy contento de tener que contar una aventura, ese hombre te dijo una cosa mala, una cosa que me dijiste que nunca repetiría á nadie y que la olvidara, y así lo he hecho, porque ya no me acuerdo. Sin embargo si mi padre quiere que la diga...

— No, Perico, no quiero saberla y haz por no acordarte nunca.

— Entónces la olvidaré otra vez repuso el niño. Luego después ese hombre se incomodó porque Mariquita le dijo que se iba á ir; él la dijo que la daría todo lo que quisiera, cien francos! y Mariquita se enfadó, y él se acercó á ella como si quisiera hacerla daño. Yo tuve miedo, y me arrojé á Mariquita gritando y entónces ese hombre dijo: «Qué eseso! de dónde sale ese chico? echadle fuera» y levantó el palo para pegarme, pero María se lo impidió y le dijo: «Después hablaremos; tengo que llevar este niño á Fourche y luego volveré.» Y cuando salimos al campo mi María me dijo: «Escapémonos pronto, Periquillo; vámonos, vámonos, porque ese es un hombre muy malo.» Entónces pasamos por detrás de las casas, llegamos á una pradera y luego fuimos á Fourche á buscarle, pero no estabas allí y no quisieron dejarnos que te esperásemos, y entónces ese hombre que se había montado en su caballo negro vino detrás de nosotros, y nosotros echamos á correr y nos escondimos en el bosque, y luego vino también, y cuando le veíamos venir, nos tapábamos entre las zarzas, y luego cuando pasaba, volvíamos á echar á correr para llegar á casa hasta que viniste tú y nos has encontrado, y esto es lo que ha sucedido. No es verdad, mi María, que no he olvidado nada?

— No, Periquillo, no, esa es la verdad. Ahora, German, me serviréis de testigo, y podréis decir á todo el mundo que si no me ha sido posible quedarme en Ormeaux, no ha sido por falta de valor y de ganas de trabajar.

— Y tú, María, respondió German, te suplico que te preguntes á ti misma si cuando se trata de defender á una mujer y de castigar á un insolente, es demasiado viejo un hombre de treinta años. Quisiera saber si Sebastian, ó cualquiera otro guapo mozo, rico de diez años menos que yo, no hubiera sido vencido por ese hombre como le llama Periquillo. Qué dices de ello?

— Digo, German, que me habeis hecho un gran servicio y que os viviré siempre reconocida.

— Y es eso todo?

— Mira, dijo el niño á su padre, no he pensado en decir á Mariquita lo que te prometí: no he tenido tiempo; pero ya se lo diré en casa, y también se lo diré á la abuela.

Esta promesa de Periquillo dió mucho que reflexionar á German. Trataba ahora de explicarse con sus parientes, ocultándoles, al decirles lo mucho que le había disgustado la vida Guerin, las ideas que le habían dispuesto á tanta previsión y severidad. Cuando se siente uno orgulloso de felicidad, el valor de participar su dicha á los demás parece cosa fácil; pero verse despreciado por un lado, y criticado por otro, no es una situación muy agradable.

Felizmente Periquillo dormía ya cuando llegaron á casa, y German le echó en su cama sin despertarle. Enseguida entró en todas las explicaciones que pudo dar, el tío Mauricio sentado en su banquillo de tres pies, á la puerta de la casa, le escuchó con la mayor gravedad, y, aunque no le gustara mucho el resultado de aquel viaje, cuando German, después de contar el sistema de coquetería de la viuda, preguntó á su suegro si tenía tiempo de ir á hacerla la corte los cincuenta y dos domingos del año sin saber si al cabo y al fin ella le despediría, el suegro respondió, inclinando la cabeza en señal de adhesión: «Es verdad, German, no puedes hacer eso.» Y luego cuando German le contó que se había visto obligado á traerse corriendo á Mariquita para sustraerla á los insultos y acaso á la violencia de un amo indigno, el tío Mauricio hizo otra señal de aprobación con la cabeza diciendo: «Has hecho bien, German, tu deber era ese.»

Cuando German concluyó su relato y hubo espuesto sus razones todas, el suegro y su muger lanzaron simultáneamente un fuerte suspiro de resignación, cambiando al propio tiempo una mirada. Luego el jefe de la familia se levantó diciendo:

— Hagase la voluntad de Dios; nadie puede disponer de los corazones!

— Venid á cenar German, dijo la suegra. Siento mucho que la cosa no se haya arreglado; pero en fin, Dios no lo ha querido á lo que parece. Ya buscaremos por otra parte.

— Si, añadió el anciano, como dice mi muger, ya buscaremos por otra parte.

Nada mas volvió á hablarse en la casa, y cuando al día siguiente Periquillo se levantó cuando las codornices, no hallándose excitado ya por los sucesos extraordinarios de los días precedentes, volvió á caer en la apatía de los aldeanos de su edad, olvidó todas las cosas que le habían pasado por la cabeza, y no pensó en otra cosa que en jugar con sus hermanos y en hacer el hombre con los buques y los caballos.

German trató también de olvidar, entregándose de nuevo al trabajo, pero se volvió tan triste y distraído, que todo el mundo paraba su atención en él. No hablaba nunca á Mariquita, y ni siquiera la miraba, y sin embargo, si le hubieran preguntado cual era el prado en que se hallaba y por qué camino había pasado, á ninguna hora del día habría podido dejar de responder, si lo hubiese querido. No se había acordado á suplicar á su familia que le recogiesen en casa durante el invierno, y sin embargo estaba persuadido de que debía estar muy mal á causa de su miseria. Pero Mariquita no estaba mal, y la tía Guillerma no pudo nunca comprender, como su corta provision de leña nunca disminuía, y porqué en su miserable choza había todo lo necesario por la mañana, cuando ella la había dejado totalmente desprovista

por la noche. Una persona pasaba por la ventana, y vaciaba dentro un saco de trigo ó de patatas, sin despertar á nadie, y sin dejar tampoco la menor huella. La pobre anciana se alarmaba y se llenaba de regocijo al propio tiempo, suplicando á su hija que se callara, porque si llegaba á saberse aquel milagro la iban á tomar por bruja en el lugar. En su interior ya imaginaba que el diablo andaba mezclado en el asunto, pero no tenía la mayor prisa de enfadarse con él, pidiendo los exorcismos del cura para su casa, diciéndose que ya habría tiempo para hacerlo, cuando Satanás la exigiera su alma en cambio de aquellos beneficios.

Mariquita comprendía mejor la verdad, pero no se atrevía á hablar de ello á German, temiendo despertar en él la idea del casamiento, y aparentaba que no notaba nada.

Un día la tía Mauricia hallándose sola en la huerta con German, le dijo en tono amistoso:

— Hijo mío, creo que no andais bueno. Ya no coméis lo mismo que antes, ha desaparecido vuestra alegría; y hasta os cuesta trabajo hablar una palabra. Acaso alguno de nosotros os ha hecho por ventura algun mal, sin quererlo ni saberlo?

— No, madre mía, respondió German; siempre habeis sido tan buena para mí, como la madre que me echó al mundo; y sería un ingrato si me quejase de vos ó de otro cualquiera de la casa.

— Entónces, hijo mío, os vuelve el sentimiento que tuvisteis cuando la muerte de vuestra muger. En vez de marcharse con el tiempo, vuestra pesadumbre se aumenta mas y mas y debéis hacer á toda costa lo que os ha aconsejado vuestro suegro, tenéis que volveros á casar.

— Oh! sí, madre mia, también es esa mi opinión, pero las mugeres de quien me han hablado no me convienen para nada. Cuando las veo, en vez de olvidar á mi Catalina, me acuerdo de ella mucho mas.

— Entónces quiero decir, German, que no hemos sabido daros con el gusto. Ayudados pues, diciéndonos la verdad. Sin duda hay en alguna parte una muger hecha para vos, porque el Señor no crea á nadie en este mundo sin reservar su felicidad en otro ser que le está destinado. Si sabéis donde está, esa muger que necesitáis, tomadla, y sea hermosa ó fea, joven ó vieja, rica ó pobre, mi marido y yo estamos decididos á daros nuestro consentimiento, porque estamos cansados de veros triste, y no podemos vivir contentos sin que lo estéis también.

— Madre mia, sois tan buena como un Dios, y mi padre lo mismo, respondió German; pero vuestra compasión no alcanza á curar mis males; la muger á quien yo quiero no me quiere á mí.

— Es acaso porque es muy jóven? Poco cuerdo andaríais si fuera así.

— Pues así es, madre mia, así es; he cometido la locura de querer á una jóven, y bastante lo siento. Hago todo lo posible para quitarme de la cabeza tal idea, pero que trabaje ó descanse, en misa, en la cama, con mis hijos ó en mi familia, pienso en eso siempre, no puedo pensar en otra cosa.

— Entónces es como si estuvieseis hechizado, German. No hay para eso mas que un remedio, y es que esa muchacha cambie de ideas y os dé oídos. Tendré que mezclarme en el asunto, para ver si es posible que se lleve á cabo: vais á decirme dónde está y como se llama.

— Ay! madre mia, no me atrevo, dijo German, porque vais á burlaros de mí.

— No tal, German, no me burlaré, porque os veo muy

apesadumbrado, y no quiero agravar vuestro mal. Es la Francisca?

— No, madre mia, no.

— La Rosa?

— No.

— Decidme quien es, porque si debiera nombrar una á una todas las muchachas de la comarca, sería el cuento de nunca acabar.

German bajó la cabeza sin poder resolverse á responder.

— Ea, dijo la tía Mauricia; os dejo en paz por hoy, querido German; quizá mañana tendréis mas confianza conmigo, ó yo seré mas diestra para preguntaros.

(Se concluirá.)

RUINAS DE POMPEYA.

Curiosa es por demas la historia de esta ciudad, que desapareció bajo un monton de lava y de ceniza.

Al pensar en tantas obras de arte, en tantos mármoles, en tantos palacios sumerjidos, que vemos hoy como antigüedades, no se puede menos de deplorar la fragilidad del hombre. En efecto, solo el hombre ha desaparecido de la ciudad que se vuelve á mostrar insensiblemente tal cual era á la luz del día; se ven columnas, plazas, estatuas, pero por todas partes la soledad! Solo los pasos del viagero resuenan en las calles desiertas, y la ciudad entera no es otra cosa que un vasto sepulcro!

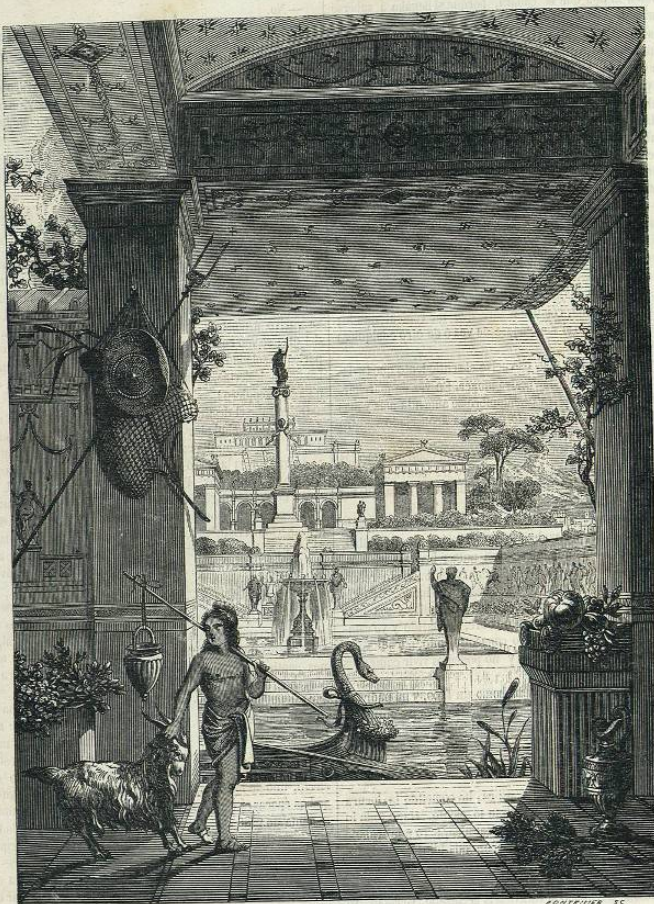
Quién sabe el destino que le espera á nuestra sociedad moderna, y á las ciudades de que tanto se envaneece! Acaso llegará tambien un día en que algun curioso dibujante volverá á alzar con su lapicero el conjunto de esos monumentos que tanto admiramos hoy. París, Londres, Viena, Madrid, no serán mas que antigüedades misteriosas en las cuales nuestros descendientes buscarán los secretos de una civilización desvanecida. Triste necesidad de la marcha de la humanidad, cuyos intereses cambian á la mejor, y cuyas obras, aun las mas grandes deben, mas tarde ó mas temprano, convertirse en ruinas.

Pero qué importa al cabo todo esto si el mundo sigue la vía que Dios le marcó; si cada uno de esos campamentos del género humano marca un progreso en la marcha general, y si los restos de las civilizaciones destruidas nos inspiran menos sentimientos hacia lo pasado que esperanzas para el porvenir!

Al tender la vista por nuestro grabado, lo que llama la atención antes de todo, es la profesion de las obras de arte de esas ciudades de la antigüedad. Una poblacion moderna, de una importancia análoga á la de Pompeya, estaría muy lejos de presentarnos igual espectáculo. Este es en efecto, uno de los principales caracteres en que se distinguen ambas épocas. Entre los antiguos, la vida colectiva y pública tenia una intensidad que se revelaba en la multiplicidad y opulencia de los monumentos: el ornato era el lujo principal de una gran nación, y el demostraba su poder, sus luces y prosperidad. En nuestros días, son otros los cuidados; la vida individual tiene mucha mas importancia y el bienestar de las personas es hoy el asunto principal. Gracias á la influencia del cristianismo secundado por la filantropía, las naciones quieren mas bien ser que aparentar, y sus progresos se atestiguan por medio de instituciones sociales, al mismo tiempo que por los monumentos de arte, se tienen menos estatuas, porticos y peristilos, pero mas hospitales, pósitos y colegios. Los embelicismientos públicos vienen despues de la utilidad; antes de adornar las plazas para que los ojos de

la muchedumbre se recreen, los pueblos han querido asegurar los establecimientos necesarios para la salubridad, la existencia y la seguridad de cada ciudadano.

Y esta diferencia en la dirección de las ideas no solo se ha manifestado por actos públicos, sino por la generosidad particular. En el mundo antiguo, un patricio dotaba a la



BOUCHER. INV. ET. DEL.

PONTREUX SC.

Una vista de Pompeya, restaurada por Boucher.

ción con una galería, una basílica ó un circo; en nuestras sociedades modernas, después de haber fundado conventos y hospitales, se han establecido, por medio de donativos privados, salas de asilo, lugares de retiro para los ancianos y

premios para el trabajo y la virtud. Esto es no hay que dudar, una nueva faz de la actividad humana. El objeto ha cambiado; ha crecido el respeto por el hombre, y si el arte ha perdido alguna cosa, la moralidad ha ganado hasta el sumo.

UN VOLATIN EN VENECIA.



Pissis.

Un volatin en Venecia, copiado de una antigua estampa.—Se ve que en la época en que tuvo lugar esta peligrosa ascension, la biblioteca que hace frente al palacio ducal en la Piazzeta no estaba construida todavia, y lo mismo la Zeca. Todos los demas edificios eran lo que son hoy.

En Roma en tiempo de los emperadores no se celebraba fiesta ninguna sin volatines: J. Capitolino cuenta que cuando se celebró el triunfo de Venus y de Marco Aurelio, este último para dar una prueba de los sentimientos de humanidad que poseia, mandó poner unos colchones debajo de la maroma, por si se caian.

San Juan Crisóstomo habla de volatines «que, después de haber andado por una cuerda, se desnudaban y se vestían como si hubiesen estado en sus camas; espectáculo que no se atrevían á mirar muchas personas, mientras otros temblaban al contemplar unos ejercicios tan peligrosos.»

Los cronistas de la edad media, han hecho tambien men-